



¿Una infancia tecnologizada?

Abordar como problema la relación entre infancia, lenguaje y tecnología nos remite a una caracterización de las situaciones en las cuales viven actualmente los niños. Estamos en una etapa que algunos caracterizan como frontera entre formaciones sociales y culturales, en tanto para otros es solamente un posible final de todos los recursos y saberes con los cuales las generaciones mayores nos hemos educado. El término *fronteras* ha sido introducido en numerosas discusiones en las que se pretende no dar por cerrada la historia, lo cual obliga a sostenerse en la ambigüedad de las categorías de nuestra cultura, en los rápidos cambios del lenguaje, en la incertidumbre de la eficacia de nuestras acciones, e incluso en cierto estado de dudas que se ha introducido en el terreno de los afectos (Carli, 2024). De más está decir que esta compleja situación lleva agua a la bolsa de los poderosos de la tierra. Precisamente la incertidumbre de las sociedades es uno de los pilotes

en los que se apoya la penetración neoliberal. La rapidez de la transformación de los significantes y de los usos del lenguaje produce un vértigo que demasiadas veces encuentra apoyo en las propuestas de consumo, lúdicas o *fake news* que ofrecen las plataformas y la prensa dominante. Una de las pérdidas más importantes de la cultura de la Modernidad, efectuada por la acción contracultural del neoliberalismo, es el interés por el progreso (incluso en un sentido iluminista), el crecimiento, el aprendizaje, que aparentan haber quedado fuera de las nuevas fronteras, e inalcanzables para el común de los humanos. La acelerada complejización de las tecnologías acentúa esa soledad en la que va quedando quien no se vincula con su pasado ni con su futuro.

Las fronteras entre las generaciones sufren especialmente este problema. Los niños, niñas y jóvenes nacieron y transitan su vida con distintos saberes y lenguajes que sus mayores, lo cual es especialmente evidente en relación con

los conocimientos tecnológicos. Mientras los adultos intentan muchas veces, con grandes dificultades, pasar de la cultura analógica a la digital, los niños, niñas y jóvenes han nacido y viven en esta última. Una de las consecuencias previsible no se reduce a una mala comunicación entre generaciones, sino a la pérdida de la trama de la historia que, quiérase o no, nos constituye y nos sostiene; otra, al deterioro de lazos que permitan vivir juntos en la frontera e imaginar y diseñar futuros.

La preocupación que manifiestan los docentes sobre el uso del celular en el salón de clase es uno de los ejemplos más fuertes de la incertidumbre generalizada sobre los efectos positivos o negativos de las nuevas tecnologías, así como una muestra de la insuficiencia de la pedagogía y la organización escolar. No son desechables esas preocupaciones. Con relación a la primera, especialistas de diversas disciplinas plantean interrogantes sobre la sustitución de los juegos y actividades físicas por la adicción al celular. Al respecto, debe señalarse que, si bien el ambientalismo influyó en la nueva arquitectura escolar en algunas provincias (como es el caso de la Provincia de Buenos Aires), la magnitud del crecimiento de la población escolar rebasó las viejas aulas y ocupó todos los espacios de los edificios escolares en casi todo el país. La aglomeración avanzó más que la apertura de gimnasios, canchas de fútbol y otros deportes, y lugares verdes. El terreno baldío es una pieza rara de los relatos, y los espacios libres de las ciudades son invadidos salvajemente por el cemento, en el negocio de desarrollo inmobiliario. No hay cielo a la vista cuando se anda por las calles, ni pájaros, ni aire

respirable en los barrios pobres. ¿Se entiende por qué los chicos son fácil presa de las plataformas?

Bien. La inteligencia artificial no es un agresivo invasor extraterrestre, sino un producto del avance de la ciencia y la tecnología humanas. No podemos (y no deberíamos) suponer que los niños, niñas y jóvenes pueden vivir fuera de ella. Otro tema, profundamente asociado, es político. Se trata de una demanda de políticas educativas que otorguen prioridad al control y la producción de programas digitalizados en los que se imagine un presente y un futuro dignos, felices, divertidos; que motiven el interés por historias o series de contenido histórico, geográfico, astronómico, que acompañen la enseñanza en laboratorios (claro, hacen falta laboratorios), que se asocien al relato (o la “clase” del o la docente). Y de la multiplicación de juegos didácticos.

En la oscura sociedad tecno-neoliberal no hay que abandonar la didáctica. Es una disciplina que clama desde mucho tiempo atrás por su transformación. Ahora se encuentra ante el reto de combinar la oralidad, los libros y las tecnologías digitales. Los chicos y chicas merecen que se les sigan contando cuentos, historias, biografías. Y los libros: no aceptemos a sus enemigos, han vivido las hogueras, las censuras durante cinco siglos. Hagámoslos convivir con el celular. Aprendamos y enseñemos a cruzar las fronteras y a tender puentes, como propone Inés Dussel (2021). Es un llamado a los docentes, pedagogos, educadores en general: diseñemos una nueva educación, al mismo tiempo que luchemos por políticas comprometidas con la



educación pública, gratuita y universal de nuestros niños, niñas y jóvenes.

Asimismo, algunos autores estudiaron fronteras que se han constituido en espacios de confrontación entre distintas, e incluso antagónicas, políticas de organización institucional, en el establecimiento de jerarquías, de

métodos de evaluación de diferente consideración social, y en el valor de los planes de estudio y la currícula en el mundo del trabajo.

La RAIE agradece a Daniel Brailovsky y a Mónica Fernández Pais su colaboración en la orientación de este número.

Adriana Puiggrós

Directora de la RAIE



REFERENCIAS

Carli, S. (2024). *Las fronteras de la universidad pública*, Clacso-IIGG.

Dussel, I. (2021). *La tarea de cruzar fronteras y tender puentes*. Ministerio de Educación, Argentina.